

| ¿QUÉ HARÍAS SI RECORDARAS COSAS QUE NO HAS VIVIDO? |

RECURSIÓN

Traducción de
Laura Naranjo

BLAKE
CROUCH



NOCTURNA
EDICIONES

BLAKE CROUCH

RECUSIÓN

Traducción del inglés
Laura Naranjo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *RECURSION*

RECURSION © 2019 by Blake Crouch

© de la traducción: Laura Naranjo, 2020

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.o C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: mayo de 2022

ISBN: 978-84-18440-46-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Jacque

RECURSIÓN

LIBRO UNO

«El tiempo no es más
que un recuerdo en desarrollo».

VLADIMIR NABOKOV

BARRY

2 de noviembre de 2018

Barry Sutton toma el carril de bomberos hasta la entrada principal del edificio Poe, una torre de estilo *art déco* que refulge de blanco con la iluminación de sus apliques exteriores. Se baja del Crown Vic, cruza la acera a toda prisa y empuja la puerta giratoria que da acceso al vestíbulo.

El vigilante nocturno lo espera junto a los ascensores con uno de ellos abierto. Cuando Barry se apresura en su dirección, sus zapatos repiquetean en el suelo de mármol.

—¿Qué piso? —pregunta al entrar.

—El cuarenta y uno. Cuando llegue, gire a la derecha y vaya hasta el final del pasillo.

—Los refuerzos no tardarán. Dígales que no hagan nada hasta que yo dé la señal.

El ascensor sube como un rayo, poniendo en entredicho la edad del edificio a su alrededor, y a Barry se le taponan los oídos al cabo de pocos segundos. Cuando por fin las puertas se abren, pasa junto al letrero de un bufete de abogados. Hay luces encendidas aquí y allá, pero reina la penumbra. Continúa por la alfombra dejando atrás despachos silenciosos, una sala de reuniones, otra de descanso, una biblioteca. El corredor desemboca en una recepción que da paso a una oficina más grande que las anteriores.

Con la escasa luz, los detalles se perciben en tonos grisáceos. Un desordenado escritorio de caoba sepultado por carpetas y documentos. Una mesa redonda cubierta de cuadernos y tazas de café frío y de olor amargo. Un mueble bar relleno exclusivamente de botellas de whisky Macallan Rare. Un acuario brillante que resuena en la otra punta de la habitación y que alberga un pequeño tiburón y varios peces tropicales.

Cuando se acerca a las cristaleras, Barry silencia el móvil y se quita los zapatos. Agarra el picaporte, abre la puerta y sale sigilosamente a la terraza.

Los demás rascacielos del Upper West Side parecen casi místicos con sus halos de niebla luminosa. El ruido de la ciudad se siente cercano: los cláxones de los coches rebotan entre los edificios y las lejanas ambulancias van zumbando hacia la siguiente tragedia. El pináculo del

edificio Poe se erige unos quince metros más arriba: una corona de cristal, acero y mampostería gótica.

La mujer está sentada a menos de cinco, junto a una gárgola medio erosionada, de espaldas a Barry y con las piernas colgando.

Él se acerca un poco y la humedad de las baldosas le cala los calcetines. Si logra acercarse lo suficiente sin que lo vea, la arrancará del borde antes de que se dé...

—Huelo su colonia —dice ella sin volver la vista atrás.

Barry se detiene.

Ella lo mira y le advierte:

—Un paso más y salto.

Con aquella luz cuesta discernirlo, pero parece que ronda los cuarenta. Viste un *blazer* oscuro y una falda a juego y debe de llevar allí un buen rato porque el pelo se le ha aplastado a causa de la niebla.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—Barry Sutton. Detective de la División de Robos del Departamento de Policía de Nueva York.

—¿Han enviado a alguien de Robos...?

—Yo era el que estaba más cerca. ¿Cómo se llama?

—Ann Voss Peters.

—¿Puedo llamarla Ann?

—Sí.

—¿Quiere que avise a alguien de su parte?

Niega con la cabeza.

—Voy a andar un poco para que no tenga que seguir estirando el cuello para mirarme.

Se aleja describiendo un ángulo que lo lleva hasta el parapeto, unos dos metros por debajo de donde ella está sentada. Se asoma por el borde y se le encogen las tripas.

—Muy bien, suéltelo —dice la mujer.

—¿Perdone?

—¿No ha venido a hacerme hablar? Pues esmérese.

En el ascensor había planeado lo que le diría, tirando de lo que recordaba de su formación en suicidios, pero a la hora de la verdad ya no está tan seguro. De lo único de lo que está seguro es de que los pies se le están congelando.

—Sé que en este momento está desesperada, pero no es más que un momento, y los momentos pasan.

Ann mira hacia abajo por el lateral del edificio, los ciento veinte metros que la separan de la calle, con las palmas de las manos apoyadas en aquella piedra que lleva décadas desgastándose por la lluvia ácida. Le bastaría con impulsarse. Barry sospecha que está tanteando los movimientos, sopesando la idea. Visualizando el momento.

Nota que tiembla.

—¿Puedo dejarle mi chaqueta?

—Estoy segura de que no querrá acercarse más, detective.

—¿Por qué?

—Tengo SFR.

Barry reprime las ganas de salir corriendo. Por supuesto, ha oído hablar del Síndrome del Falso Recuerdo, pero nunca ha conocido a nadie que lo tenga. Ni de lejos. Ya no está tan seguro de querer agarrarla. Ni de estar tan cerca

de ella. ¡Pero qué cojones! Si hace ademán de saltar, intentará salvarla y, si en el proceso contrae el SFR, pues que así sea. Para ser poli hay que correr riesgos.

—¿Desde cuándo lo tiene? —le pregunta.

—Una mañana, hace cosa de un mes, en lugar de en mi casa de Middlebury, Vermont, de repente me vi aquí en Nueva York, en un apartamento, con un dolor de cabeza punzante y sangrando mucho por la nariz. Al principio no sabía dónde estaba, pero entonces me acordé... también de *esta* vida. Aquí y ahora, no estoy casada, soy banquera de inversiones y vivo con mi nombre de soltera. Pero tengo... —respira hondo de la emoción— recuerdos de mi otra vida en Vermont. Allí era madre de un niño de nueve años llamado Sam. Tenía un negocio de jardinería con mi marido, Joe Behrman. Era Ann Behrman. Y vivíamos como una familia feliz.

—¿Y cómo son? —pregunta Barry, dando un paso clandestino en su dirección.

—¿Cómo son qué?

—Sus falsos recuerdos de esa vida en Vermont.

—Pues no recuerdo mi boda. Recuerdo la discusión sobre el diseño de la tarta, los pequeños detalles de nuestra casa, a nuestro hijo, todos y cada uno de los momentos del parto, su risa, la marca de nacimiento en la mejilla izquierda, el primer día de colegio y que no quería separarse de mí. Pero, cuando intento recordar a Sam, lo hago en blanco y negro. Sus ojos no tienen color alguno. Me digo que eran azules, pero los veo negros. Todos los recuerdos de esa vida

son en tonos grises, como instantáneas de cine negro. Parecen reales, pero son recuerdos fantasmas, embrujados. —Se interrumpe—. Todo el mundo cree que el SFR solo afecta a los grandes recuerdos de la vida, pero los pequeños son los más dolorosos. No es que no recuerde a mi marido. Recuerdo cómo le olía el aliento por las mañanas cuando se daba la vuelta en la cama. Cómo cada vez que se levantaba antes que yo para lavarse los dientes ya sabía que a la vuelta íbamos a tener sexo. Eso es lo que me mata. Esos pequeñísimos y perfectos detalles que me hacen creer que todo ocurrió de verdad.

—¿Y qué hay de esta vida? ¿No hay nada en ella que le merezca la pena?

—Puede que alguien contraiga el SFR y prefiera los recuerdos actuales a los falsos, pero yo no quiero nada de esta vida. Llevo cuatro largas semanas intentándolo y no puedo seguir engañándome. —Se le saltan las lágrimas y se le corre el rímel—. Mi hijo nunca existió. ¿Sabe lo que es eso? No es más que un precioso fallo en mi cerebro.

Barry prueba a dar otro paso en su dirección, pero esta vez ella se da cuenta.

—No se acerque más.

—No está sola.

—Estoy más sola que la una.

—Yo solo hace unos minutos que la conozco y me moriría si lo hiciera. Piense en sus seres queridos. En cómo se sentirían.

—Le seguí la pista a Joe —confiesa.

—¿A quién?

—A mi marido. Vivía en una mansión en Long Island. Reaccionó como si no me conociera, pero sé que me reconoció. Tenía otra vida distinta. Estaba casado, no sé con quién. No sé si tenía hijos. Me tomó por loca.

—Lo siento, Ann.

—Es muy doloroso.

—Mire, yo he pasado por eso. Quería acabar con todo. Y ahora que estoy aquí le digo que me alegro de no haberlo hecho. Me alegro de haber tenido la fuerza necesaria para aguantar. Este bajón no es el libro de su vida. Es solo un capítulo.

—¿A usted qué le pasó?

—Perdí a mi hija. La vida también me ha roto el corazón.

Ann contempla el perfil incandescente de la ciudad.

—¿Tiene alguna foto de ella? ¿Sigue hablando de ella con alguien?

—Sí.

—Al menos ella sí que existió alguna vez.

A él no se le ocurre nada que decirle.

Ann vuelve a mirar abajo por el hueco de sus piernas. Se quita de un puntapié uno de los tacones.

Observa cómo cae.

Luego manda al otro tras él.

—Por favor, Ann.

—En mi vida anterior, mi falsa vida, la primera mujer de Joe, Franny, saltó de este edificio, de esta misma cornisa, hace quince años. Tenía depresión clínica. Sé que él se

culpaba por eso. Antes de marcharme de su casa en Long Island, le dije que esta noche iba a saltar del edificio Poe, igual que Franny. Sé que suena tonto y desesperado, pero confiaba en que se presentara aquí y me salvara, ya que a ella no pudo salvarla. Al principio creí que usted era él, pero él nunca se echaba colonia. —Sonríe, melancólica, y añade—: Tengo sed.

Barry mira al otro lado de las cristaleras y de la oscura oficina y ve a dos agentes apostados en la recepción. Se gira de nuevo hacia Ann.

—Entonces, ¿por qué no se baja de ahí y entramos juntos a buscar un vaso de agua?

—¿Podría traérmelo usted?

—No puedo dejarla sola.

Ahora le tiemblan las manos y Barry percibe una repentina resolución en sus ojos.

Ella lo mira.

—No es culpa suya —le asegura—. Desde el principio iba a acabar así.

—Ann, no...

—Mi hijo no existe.

Y, como quien no quiere la cosa, se deja caer de la cornisa.

HELENA

22 de octubre de 2007

De pie en la ducha a las seis de la mañana, intentando despertarse mientras el agua caliente le corre por la cara, Helena tiene la potente sensación de haber vivido antes ese momento. No es nada nuevo. Ha experimentado infinidad de *déjà vus* desde los veinte años. Además, ese preciso instante no tiene nada de especial. Se pregunta si Mountainside Capital habrá revisado su propuesta. Ya hace una semana. Deberían haberle dicho algo. Si estuvieran interesados, la habrían llamado para concertar una cita.

Prepara una cafetera y su desayuno favorito: judías negras y tres huevos estrellados rociados con ketchup. Se sienta en la mesita junto a la ventana y mira cómo el cielo se ilumina sobre el vecindario a las afueras de San José.

Lleva un mes entero sin un solo día libre para hacer la colada y el suelo de su dormitorio es literalmente una alfombra de ropa sucia. Escarba entre las pilas hasta que da con una camiseta y unos vaqueros con los que aún se atreve a salir de casa.

El teléfono suena mientras se cepilla los dientes. Escupe, se enjuaga la boca y lo coge al cuarto tono en la habitación.

—¿Cómo está mi chica?

La voz de su padre siempre le arranca una sonrisa.

—Hey, papi.

—Creí que no te pillaría. No quería molestarte en el laboratorio.

—No pasa nada, ¿qué tal?

—Solo estaba pensando en ti. ¿Te han dicho algo de la propuesta?

—Todavía no.

—Tengo buenas vibraciones.

—Pues yo no sé. Esta ciudad es muy dura. Hay mucha competitividad. Un montón de gente superinteligente buscándose la vida.

—Pero no tan inteligente como mi chica.

Ya no soporta que su padre crea tanto en ella. Y menos esa mañana en que el fantasma del fracaso planea sobre ella mientras está sentada en ese cuartito asqueroso de paredes blancas dentro de aquella casa sin decorar a la que no ha llevado a una sola persona en todo el año.

—¿Qué tiempo hace? —pregunta para cambiar de tema.

—Anoche nevó. Por primera vez esta temporada.

—¿Mucho?

—Solo tres o cuatro centímetros. Pero las montañas están blancas.

Se las imagina: la cordillera frontal de las Rocosas, las montañas de su infancia.

—¿Cómo está mamá?

Hay una brevísima pausa.

—Tu madre está bien.

—Papá.

—¿Qué?

—Que cómo está mamá.

Oye que suelta una lenta exhalación.

—Hemos tenido días mejores.

—Pero ¿está bien?

—Sí. Ahora está arriba durmiendo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Anda, cuéntamelo.

—Anoche estábamos jugando al *gin rummy* después de cenar como de costumbre y de repente... ya no se acordaba de las reglas. Se quedó allí, sentada a la mesa de la cocina, mirando las cartas con la cara llena de lágrimas. Llevamos treinta años jugando juntos.

Nota que cubre el auricular con la mano.

Está llorando a más de mil kilómetros de allí.

—Papá, voy a volver a casa.

—No, Helena.

—Necesitas mi ayuda.

—Aquí tenemos quien nos ayude. Esta tarde vamos a ir al médico. Si quieres ayudar a tu madre, consigue los fondos y construye esa silla.

No quiere decirle que la silla está todavía a años luz. Es un sueño, un espejismo.

Se le empañan los ojos.

—Sabes que lo hago por ella, ¿verdad?

—Claro que lo sé, cielo.

Ambos se quedan callados un momento, tratando de ocultarse mutuamente el llanto, aunque ninguno lo consigue. Desea con todas sus fuerzas decirle que lo logrará, pero sería mentirle.

—Esta noche los llamo en cuanto llegue a casa —
resuelve.

—De acuerdo.

—Por favor, dile a mamá que la quiero.

—Lo haré, aunque ella ya lo sabe.

—————

Cuatro horas más tarde, en las entrañas del edificio de neurociencia de Palo Alto, Helena se encuentra examinando una imagen del recuerdo del miedo de un ratón —unas neuronas fluorescentes interconectadas por una telaraña de sinapsis— cuando el desconocido aparece en la puerta del despacho. Alza la vista por encima del monitor y descubre a un hombre en pantalones chinos y camiseta blanca que despliega una exagerada sonrisa.

—¿Helena Smith? —pregunta.

—¿Sí?

—Soy Jee-woon Chercover. ¿Tiene un minuto para que hablemos?

—Este es un laboratorio de alta seguridad. Se supone que no debería estar aquí.

—Disculpe la intromisión, pero creo que querrá oír lo que tengo que decirle.

Podría pedirle que se marche o llamar a seguridad, pero no le parece una amenaza.

—Muy bien —asiente, y entonces se da cuenta de que ese hombre está contemplando la leonera que tiene por

despacho: estrechas paredes de hormigón pintado sin ventanas con una pila de cajas de un metro de alto por medio de ancho llenas de artículos y reseñas rodeando su mesa por si todavía no resultaba lo bastante claustrofóbico —. Perdone el desorden. Le traigo una silla.

—Ya la cojo yo.

Jee-woon arrastra una plegable hasta allí y se sienta frente a ella; a continuación, barre con la mirada las paredes, prácticamente cubiertas de imágenes de alta resolución que representan el momento exacto de la captación de recuerdos en ratones, así como de los disparos neuronales de pacientes con demencia y Alzheimer.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi jefe está obsesionado con el artículo que publicó en *Neuron* acerca de retratar los recuerdos.

—¿Su jefe tiene nombre?

—Bueno, depende.

—¿Depende de qué?

—De cómo transcurra la conversación.

—¿Y por qué iba a tener siquiera una conversación con alguien que no sé de parte de quién habla?

—Porque el dinero de Stanford se le acaba en seis semanas.

Helena enarca una ceja.

—Mi jefe me paga muy bien por saberlo todo sobre la gente que le interesa —continúa diciendo él.

—Es consciente de que lo que dice da un poco de miedo, ¿no?

Jee-woon busca en su cartera de piel y saca un documento en una carpeta azul marino.

Su propuesta.

—¡Claro! —exclama ella—. ¡Usted es de Mountainside Capital!

—No, ellos no van a financiar su investigación.

—Entonces, ¿de dónde lo ha sacado?

—Qué más da. Nadie va a financiar su investigación.

—¿Y cómo lo sabe?

—Por esto. —Lanza la propuesta a aquel desastre de mesa—. Es tímida. Es más de lo mismo que ha estado haciendo en Stanford durante los últimos tres años. No es lo bastante potente. Tiene treinta y ocho años, que en el mundo académico es como tener noventa. Una mañana de su no tan lejano futuro se despertará y se dará cuenta de que sus mejores días han quedado atrás. De que ha desperdiciado...

—Creo que será mejor que se marche.

—No pretendía insultarla. Si no le importa que se lo diga, su problema es que no se atreve a pedir lo que realmente quiere.

Se le ocurre que, por alguna extraña razón, el desconocido quiere provocarla. Sabe que no debería entrar al trapo, pero no puede contenerse.

—¿Y por qué no me iba a atrever a pedir lo que realmente quiero?

—Porque lo que realmente quiere es demasiado caro. No le basta con siete cifras. Necesita nueve. Tal vez diez. Necesita un equipo de codificadores que le ayuden a diseñar un algoritmo para la catalogación y proyección de recuerdos complejos. La infraestructura necesaria para efectuar ensayos con humanos.

Helena se lo queda mirando por encima de la mesa.

—Esa propuesta no dice nada de ensayos con humanos.

—¿Y si le dijera que nosotros le daremos todo lo que nos pida? Fondos ilimitados. ¿Le interesaría?

El corazón se le acelera.

«¿Así es como sucede?».

Piensa en la silla de cincuenta millones de dólares que ansía construir desde que su madre empezó a olvidarse de la vida. Curiosamente, nunca se la imagina desarrollada del todo, solo como los dibujos técnicos de la solicitud de la patente que algún día llegará a presentar y que se titula *Plataforma inmersiva para la proyección de recuerdos explícitos, episódicos y a largo plazo*.

—¿Helena?

—Si digo que sí, ¿me dirá quién es su jefe?

—Sí.

—Pues sí.

Se lo dice.

Tras ver cómo se le descuelga la mandíbula, Jee-woon saca otro documento de la cartera y se lo pasa por encima de las cajas.

—¿Qué es esto? —pregunta ella.

—Un contrato de trabajo y de confidencialidad. No negociable. Creo que los términos económicos le parecerán muy generosos.

BARRY

4 de noviembre de 2018

La cafetería está situada en un sitio pintoresco de la ribera del Hudson, a la sombra de la autopista del West Side. Barry llega cinco minutos antes y se encuentra a Julia sentada ya bajo una sombrilla. Se dan un breve y frágil abrazo, como si ambos fueran de cristal.

—Me alegro de verte —dice.

—Y yo de que quisieras venir.

Se sientan. El camarero se acerca a tomarles la comanda.

—¿Cómo está Anthony? —pregunta Barry.

—Fenomenal. Ocupado con el nuevo diseño del vestíbulo del edificio Lewis. ¿Tú qué tal en el trabajo?

No le cuenta que hace dos noches fue incapaz de impedir un suicidio. En vez de eso, hablan de nimiedades hasta que les traen el café.

Es domingo y todo el mundo ha ido a tomar el *brunch*. En las mesas vecinas bullen las conversaciones y las risas, pero ellos beben el café a sorbitos en silencio en la sombra.

Tienen todo y nada que decirse.

Una mariposa revolotea alrededor de la cabeza de Barry hasta que él la ahuyenta con delicadeza.

A veces, a altas horas de la noche, se imagina conversaciones de lo más elaboradas con Julia. Intercambios en los que confiesa todo aquello que se le ha enconado en el pecho durante todos estos años —el dolor, la rabia, el amor— y luego la escucha cuando ella hace lo mismo. Aclaran las cosas y por fin llegan a entenderse.

Pero en la práctica no ocurre nada de eso. No se atreve a abrir su corazón, que está tenso y constreñido, envuelto en tejido cicatrizal. La sensación de incomodidad ya no le molesta como antes. Se ha hecho a la idea de que una parte de la vida consiste en afrontar los fracasos y que a veces esos fracasos encarnan a la gente a la que un día quisimos.

—Me pregunto qué estaría haciendo hoy —dice Julia.

—Supongo que estaría aquí sentada con nosotros.

—Me refiero al trabajo.

—Ah. Seguro que sería abogada.

Julia ríe —uno de los mejores sonidos que ha oído nunca — y no acierta a recordar la última vez que la oyó. Un sonido bello pero a la vez demoledor. Como una puerta secreta que da acceso al interior de esa persona a la que conocía.

—Discutía por todo —dice Julia—. Y siempre se salía con la suya.

—Éramos unos blandengues.

—Uno de los dos sí.

—¿Quién? ¿Yo? —Se hace el ofendido.

—A los cinco años ya te identificaba como el eslabón débil.

—¿Te acuerdas de cuando nos convenció para que le dejáramos practicar la marcha atrás en el camino de entrada...

—Te convenció a ti.

—... y empotró el coche en la puerta del garaje?

Julia suelta una risita.

—Estaba que trinaba.

—No, más bien abochornada. —Durante medio segundo, su mente evoca el recuerdo. O al menos en parte: Meghan al volante de su viejo Camry y la parte trasera del vehículo encastrado en la puerta del garaje; su cara roja y surcada por las lágrimas; sus nudillos blancos—. Era inteligente y tenaz, y habría hecho algo interesante con su vida.

Apura el café y se rellena la taza con la cafetera francesa de acero inoxidable que están compartiendo.

—Va siendo hora de hablar de ella —sugiere Julia.

—Me alegro de poder hacerlo por fin.

El camarero viene a preguntarles qué quieren comer y la mariposa vuelve y se posa en la mesa, junto a la servilleta doblada de Barry. Despliega las alas. Se acicala. Él intenta quitarse de la cabeza la idea de que es Meghan, que ha elegido el día de hoy para rondarle de alguna manera. Es una tontería, por supuesto, pero no puede evitar pensarlo. Como aquella vez que un petirrojo lo siguió a lo largo de ocho manzanas por el NoHo. O aquella otra más reciente

en que estaba paseando al perro por el parque del Fuerte Washington y una mariposa aterrizó en su muñeca.

Cuando les sirven la comida, Barry se imagina a Meghan sentada a la mesa con ellos. Con las aristas de la adolescencia limadas. Con toda la vida por delante. Por mucho que se esfuerza, no logra verle la cara, solo las manos, que mueve constantemente al hablar, igual que su madre las mueve cuando se siente segura y emocionada por algo.

No tiene hambre, pero se obliga a comer. Parece que Julia le da vueltas a algo en la cabeza, pero se limita a pinchar los restos de su *frittata* mientras él coge el vaso de agua, le da otro bocado al sándwich y contempla el río en la distancia.

El Hudson nace en un lago llamado Lágrima de las Nubes en los montes Adirondacks. Lo visitaron un verano, cuando Meghan tenía ocho o nueve años. Acamparon entre las píceas. Vieron la lluvia de estrellas. Intentaron hacerse a la idea de que aquel diminuto lago montañoso era la fuente del Hudson. Es un recuerdo al que vuelve de manera casi obsesiva.

—¿Qué estás rumiando? —le dice Julia.

—Me estaba acordando de aquel viaje al lago Lágrima de las Nubes. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Tardamos dos horas en montar la tienda con aquella tormenta.

—Ah, creía que había hecho buen tiempo.

Ella niega con la cabeza.

—Qué va, nos pasamos la noche en vela tiritando en la tienda.

—¿Seguro?

—Sí. Aquel viaje sentó las bases de mi política anti-vida-campestre.

—Ajá.

—¿Cómo has podido olvidarte de eso?

—No lo sé. —Lo cierto es que le ocurre a menudo. Siempre está mirando al pasado, viviendo más en los recuerdos que en el presente, cambiándolos para mejorarlos. Para perfeccionarlos. La nostalgia le resulta un mejor analgésico que el alcohol. Al fin dice—: Tal vez el recuerdo de ver la lluvia de estrellas con mis chicas me parecía mucho más bonito.

Ella deja la servilleta en el plato y se reclina en la silla.

—Hace poco pasé por nuestra antigua casa. ¡Vaya si ha cambiado! ¿Alguna vez has ido?

—Alguna que otra.

En realidad, sigue pasando por allí en coche cada vez que va por trabajo a Jersey. Julia y él la perdieron por ejecución hipotecaria un año después de la muerte de Meghan y apenas se parece ya al lugar en que vivieron. Los árboles están más altos, más densos, más verdes. Han construido encima del garaje y una familia joven vive allí ahora. Han revestido de piedra la fachada y han puesto ventanas nuevas. El camino de acceso lo han ampliado y pavimentado de nuevo. Hace años que quitaron el columpio de cuerda que colgaba del roble, pero las iniciales que

Meghan y él grabaron en la base del tronco siguen allí. La tocó el pasado verano, una noche en que se le ocurrió plantarse allí en taxi a las dos de la mañana después de salir de marcha con Gwen y los demás de la división. Un policía de Jersey City acudió cuando los nuevos dueños llamaron al 911 porque había un vagabundo delante de su puerta. Aunque estaba borracho, no lo arrestaron. El policía lo conocía, sabía lo que le había ocurrido. Llamó a otro taxi y lo ayudó a meterse en la parte de atrás. Pagó la carrera hasta Manhattan por adelantado y lo despachó de vuelta.

La brisa que sube del agua acarrea cierta frialdad y el sol se siente cálido en sus hombros, un agradable contraste. Los barcos turísticos vienen y van. El ruido del tráfico es intenso en la autopista. Las estelas menguantes de un millar de *jets* se entrecruzan en el cielo. Estamos a finales de otoño, es uno de los pocos días buenos que quedan del año.

Piensa en que pronto llegará el invierno y habrá pasado un año más, otro año más, y que el tiempo vuela. La vida no se parece en nada a la que imaginaba cuando era joven y se engañaba creyendo que las cosas podían controlarse. Nada puede controlarse. solo soportarse.

Les traen la cuenta y Julia intenta pagar, pero él se la quita de las manos y pone su tarjeta.

—Gracias, Barry.

—Gracias por invitarme a venir.

—Por que no pase otro año sin que nos veamos. —Julia alza su vaso de agua helada—. Por nuestra cumpleaños.

—Por nuestra cumpleaños. —Siente que un cúmulo de pena se le forma en el pecho, pero consigue respirar y, cuando vuelve a hablar, su voz suena casi normal—. Veintiséis.

Después del *brunch*, camina hasta Central Park. El silencio de su apartamento se le antoja una amenaza en el cumpleaños de Meghan; los cinco últimos no han ido bien.

Ver a Julia siempre lo revuelve. Después de que su matrimonio acabara, se pasó mucho tiempo pensando que siempre la echaría de menos. Que nunca superaría la ruptura. Soñaba con ella y se despertaba con el dolor de su ausencia comiéndole vivo. Los sueños lo apuñalaban por dentro —mitad recuerdo, mitad fantasía— porque en ellos veía a la Julia de antaño. Su sonrisa. Su risa espontánea. Su liviandad. Volvía a ser la persona que le había robado el corazón. Y volvía a robárselo. Durante toda la mañana permanecía con él en su mente y se negaba a marcharse, y aquella pérdida en toda su magnitud lo contemplaba sin pestañear hasta que la resaca emocional del sueño por fin se le pasaba como un banco de niebla que se levanta despacio. En una ocasión se encontró con ella cuando aún no se había recuperado de uno de esos sueños, un encuentro casual en la fiesta de un viejo amigo. Para su sorpresa, no sintió nada durante el rato que estuvieron hablando rígidamente en el porche. Estar en su presencia

le puso de repente los pies en la tierra: ya no le gustaba. Fue una revelación liberadora, pero también devastadora. Liberadora porque significaba que no quería a aquella Julia, sino a la Julia de antes. Devastadora porque la mujer de sus sueños se había ido para siempre. Era tan inalcanzable como los muertos.

Los árboles del parque están en su mejor momento después de la helada de hace dos noches; sus hojas quemadas por la escarcha van adquiriendo el típico esplendor de finales de otoño.

Encuentra un sitio en la Rambla, se quita los zapatos y los calcetines y se apoya en un árbol perfectamente inclinado. Saca el móvil y se pone a leer la biografía en la que lleva inmerso casi un año. Sin embargo, no logra concentrarse.

No se quita de la cabeza a Ann Voss Peters. El modo en que se dejó caer sin hacer el más mínimo ruido; su cuerpo rígido y vertical. Tardó cinco segundos en llegar abajo y la siguió con la mirada hasta que impactó en el Lincoln Town Car que estaba aparcado sobre el bordillo.

Cuando no está reproduciendo la conversación que tuvieron, pelea con el miedo. Le toma el pulso a sus recuerdos. Comprueba su fidelidad. Se pregunta si...

«¿Cómo sabría si uno de ellos ha cambiado? ¿Cómo sería?».

Varias hojas naranjas y rojas caen entre los rayos del sol y se acumulan a su alrededor en la sombra moteada. Desde aquel punto de observación, ve a la gente andando por los

senderos, paseando junto al lago. La mayoría van acompañados, pero hay algunos que están solos como él.

En ese momento recibe un mensaje de su amiga Gwendoline Archer, jefa del Equipo Hércules, una unidad SWAT antiterrorista perteneciente a la Unidad de Servicios de Emergencia del Departamento de Policía de Nueva York.

Acordándome de ti hoy. Todo OK?

Le contesta:

Síp. Acabo de ver a Julia

Y qué tal?

Bien. Duro. ¿Qué haces tú?

Acabo de volver con la bici.

Tomando algo en el bar de Isaac.

Quieres compañía?

Uf, sí. Voy para allá.

Hay cuarenta minutos andando hasta el bar que hay cerca del piso de Gwen en Hell's Kitchen, cuya única virtud aparente es que lleva abierto cuarenta y cinco años. Los quisquillosos camareros sirven una cerveza nacional de grifo de lo más anodina y ni un solo whisky que no pudieras comprar en cualquier tienda por menos de treinta pavos. Los baños son asquerosos y siguen teniendo dispensadores de condones. La gramola pone solo temas roqueros de los